
DISCURSO PRONUNCIADO EL 29 DE MARZO EN LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA POR EL PROFESOR MIGUEL JIMENEZ LOPEZ

La emoción de la hora presente embarga nuestros ánimos y se cierne sobre esta reunión un hálito de infinita pesadumbre que nubla los semblantes y las almas. No esperéis de quien os habla, amigo y admirador en todos los momentos de nuestro extinto Presidente, una descripción fría y serena de su personalidad ni de su obra. Yo muy bien sé que en este recinto severo no debieran hablar sino el análisis y el razonamiento, y que la exacta valorización de una vida dedicada a la labor científica, como fue la del profesor Federico Lleras Acosta, hubiera de ocupar esta hora solemne que la Academia de Medicina consagra a su memoria. Empero, aun para los hombres y para las corporaciones dedicadas a la ciencia, el sentimiento tiene también sus altos fueros y a igual título que para el resto de los hombres, el afecto y la emoción son patrimonio de quienes nos damos al estudio y, antes que obreros del saber, somos, como lo dijo el vate antiguo, hombres de corazón, con todo el humano sentir de quienes conocen a fondo la triste y flaca naturaleza humana. Y es movido, ante todo, por ese hondo pesar, como he venido a ocupar esta tribuna, desde la cual no os hablaré sino el acento conmovido de quien siente la ausencia de un compañero, de un amigo, de un maestro incomparable.

Tiempos vendrán en que la crítica insospechable de algún biógrafo distante en el tiempo y en el afecto del profesor Lleras Acosta, consagre en rasgos definitivos y justicieros el verdadero valor de su esfuerzo científico y su auténtica silueta espiritual. Por hoy, básteme para llenar una ritualidad académica, benévolamente encomendada por mis colegas, esbozar solamente algunos trazos fragmentarios y fugaces del sabio desaparecido en remotas latitudes, cuando las voces imperativas de la Ciencia y de la Patria lo llevaban a una prueba de magnitud ecuménica para sus empeños de veinte años, frente a frente con la lepra, el milenario problema y el viejo flagelo de la humanidad.

No es de extrañar que Federico Lleras se sintiera atraído desde tem-

prana edad por los estudios científicos, si su conformación mental y el jugo de su raza lo orientaban por modo casi fatal a esa noble actividad del espíritu. Una disciplina cualquiera, así sea la del músculo, la de la voluntad o la de la inteligencia, que se cultiva con constancia y con amor en una o varias generaciones humanas, crea, como es natural, el pliegue atávico que se traduce en los individuos, no sólo por una decidida e invencible inclinación, sino también por aptitudes relevantes, con frecuencia excepcionales, para el género de actividades que ejercitaron los antecesores. En la sangre de los Lleras ha bullido, desde los albores de la república, la vocación para el estudio de las ciencias, para el magisterio, para las altas disciplinas de la inteligencia. Es curioso anotar que el primer emigrante de ese apellido que pisó nuestro suelo, a principios del pasado siglo —un catalán de pura cepa, nacido en Barcelona— llegó a Colombia bajo el rctulo y con la calidad de oficial de marina retirado y dedicado al comercio. Es presumible, sin embargo, que este comerciante de ocasión hubiera sido más bien vástago trashumante de alguna vieja estirpe de intelectuales, que más tuvieran que ver con los pedagogos o inventores en que ha sido tan fecunda la ciudad condal, que con sus hombres de finanzas, ya que don José Manuel Lleras, trasplantado a Colombia, ha sido la cepa de una serie de generaciones, que habiendo dado de mano a las cosas del comercio, se han consagrado, como consigna familiar, al cultivo de las ciencias, a la educación de varias generaciones y a muy altas y nobles disciplinas de la inteligencia.

Ha quedado en la memoria de las gentes el célebre don Lorenzo María Lleras, hijo del anterior, doctor en ciencias jurídicas, político exaltado, grande amigo del general Santander, rector del Colegio del Rosario, rector y fundador del Colegio del Espíritu Santo, miembro de la cámara de representantes, periodista, vocal del Consejo de Gobierno en 1862, cultivador de la poesía y animador de grupos teatrales. Y si fue múltiple en sus actividades intelectuales, no lo fue menos en su descendencia, pues de diez y nueve hijos que dio a la república, todos fueron personas de estudio y cultivadores muy aventajados de diferentes ramos. Hubo entre ellos literatos, lingüistas, profesores de humanidades, matemáticos, naturalistas y filósofos. Es de anotarse que en el destino de esa copiosa y lucida generación tuvo parte no escasa la sangre de los Trianas, allegados del eminente botánico José Triana, que los Lleras recibieron por la línea materna.

El padre de nuestro lamentado colega, don Federico Lleras Triana, fue un aventajado profesor de ciencias matemáticas, que colaboró en muchos planteles de educación y que murió en plena juventud, no sin haber dejado su nombre vinculado a varios textos de enseñanza matemática, muy apreciados y populares en su época.

Hacia los últimos años del pasado siglo, Federico Lleras Acosta coronaba con especial lucimiento sus estudios de Bachillerato en el Cole-

gio Nacional de San Bartolomé. No habían sido especialmente marcadas en los hombres de su raza las inclinaciones a la medicina, pero el pliegue científico estaba ya reciamente impreso en su inteligencia y, a ejemplo de Arloing, de Triper y de tantos otros prohombres de la ciencia francesa, se dirigió Lleras al estudio de la medicina veterinaria, que por entonces se iniciaba en Colombia bajo el sabio impulso del profesor Claude Vericel. Ese estudio y ese maestro decidieron de la vocación científica de Lleras Acosta y lo orientaron hacia la línea de la Bacteriología, donde habría de hacer tan largo recorrido como un iniciador y como un fino y sensible asimilador de una ciencia que nacía.

Hay que convenir que el empleo del microscopio y de los métodos de laboratorio, como auxiliares de la medicina, fueron de una implantación tardía, lenta y laboriosa en nuestra patria. Los textos de enseñanza de la Facultad de Medicina estaban ya basados sobre esta nueva manera de explorar los organismos y de caracterizar las enfermedades; los estudiantes que regresaban de Francia, de Alemania y de Inglaterra venían imbuídos de las técnicas recientes, basadas en la Química y en la Bacteriología, pero en la práctica, el clínico se veía entre nosotros reducido a los recursos clásicos y tradicionales, sin poder llamar en su auxilio los métodos ni las exploraciones que el Laboratorio brindaba a todo momento en medios más avanzados.

Lleras Acosta tuvo el mérito indiscutible de crear en Colombia el primer laboratorio particular de química orgánica, de bacteriología y de parasitología, digno de su nombre. Mérito mucho mayor, si se tiene en cuenta que esa iniciativa tuvo principios muy modestos y fue llevada a cabo con elementos propios, con recursos de emergencia, con adaptaciones ingeniosas, que si hacían honor a quien nunca había visto las instalaciones de los grandes centros, fallaban muchas veces en su funcionamiento, y así iban formando en nuestro bacteriologista vernáculo una experiencia, a veces dolorosa, pero que había de serle de gran valor con el correr del tiempo.

Pero, así y todo, con su incipiente instalación, con sus escasos elementos, con su aparataje en gran parte improvisado, el laboratorio de Lleras Acosta fue desde sus principios un invaluable auxiliar para el ejercicio de la medicina en Bogotá, y fuera de la capital. La química aplicada a la clínica y las exploraciones bacteriológicas en sus diversas formas fueron, desde 1906, en que empezó a funcionar el laboratorio Lleras, un recurso de investigación y de tratamiento de las enfermedades a que muy pronto se habituaron los médicos y que imprimió a la ciencia nacional un avance que no ha sido hasta hoy justamente apreciado.

Y es que, en medio de las dificultades de toda obra creadora, dos excelsos atributos espirituales caracterizaron a Federico Lleras Acosta: una voluntad invencible para el trabajo y una inteligencia abierta de

par en par a toda corriente científica y de auténtico valor. No era necesario más para modelar al hombre de ciencia que todos admiramos en Federico Lleras: emprendedor, constante, incansable en su labor, de una austeridad mental a toda prueba, firme en sus convicciones, vehementemente en sus empeños y reacciones, atento a todo avance de las ciencias que profesaba, vigilante para captar todo perfeccionamiento en la técnica de sus disciplinas. Estas altas condiciones habrían bastado para caracterizar al hombre de estudio totalmente logrado y ejemplar. Pero había algo más en nuestro lamentado colega, y era su espíritu amplio, acogedor, y comunicativo, sin repliegues ni egoísmos, y dispuesto en todo momento a transmitir sin reservas a los demás las adquisiciones de su mente y todo el tesoro de sus conocimientos. Por eso fue Federico Lleras Acosta algo más, algo mejor que un trabajador científico: fue él un verdadero maestro, en la más noble y amplia acepción de esta palabra.

La objetividad de su talento se reveló seguramente con mayor certeza a su insigne maestro Vericel que a otro cualquiera, en el tema y desarrollo de su tesis de doctorado, intitulada: "Inspección sanitaria de las carnes", donde una serie de problemas de salubridad pública era planteada y en parte atendida con soluciones acertadas.

A este trabajo siguieron otros, ya llevados a cabo en su propio laboratorio, entre los cuales merecen mencionarse el "Estudio sobre el Carbón Sintomático en la Sabana de Bogotá", que dio ocasión a Lleras para aislar y cultivar por primera vez en Colombia el bacilo del carbón y, como aplicación práctica del más alto valor, para preparar una vacuna anticarbonosa que prestó incalculables servicios a la industria pecuaria de nuestro país. Ese estudio fue presentado a la Academia Nacional de Medicina en el año de 1908 y ello lo distinguió desde entonces llamándolo a su seno como miembro de número.

Vino en seguida la monografía intitulada "La Ranilla o Malaria Bovina", presentada al gobierno nacional en el año de 1909. Esta entidad patológica, el gran flagelo de los ganados en Norteamérica y en las colonias inglesas, y que tantos estragos causaba en la población bovina de Colombia, fue magistralmente estudiada por Lleras con excelentes preparaciones microscópicas y con indicaciones clínicas y profilácticas muy oportunas, que son hoy todavía del más alto valor para los que se dedican a la industria ganadera.

Unas veces en la instalación privada, otras en laboratorios oficiales cuya dirección le fue encomendada, continuó Lleras Acosta emprendiendo y publicando infinidad de estudios, todos inspirados en el noble designio de mejorar nuestras condiciones sanitarias. Fue él quien llevó a cabo el primer estudio bacteriológico de las aguas de Bogotá en el año de 1908. Presentó en seguida su "Investigación del bacilo de Koch en la orina" a las sesiones científicas del centenario en 1910.

Más tarde, en colaboración con el profesor José del Carmen Acosta, presentó al congreso médico de Tunja, en el año de 1919, el muy interesante trabajo que lleva por título "Tratamiento del tabes por el suero salvarsanizado". Este método, que los profesores Lleras y Acosta y algunos otros profesionales de Bogotá pusimos en práctica por algunos años, es de aquellos que inexplicablemente han caído en desuso, pues sus resultados fueron sencillamente admirables, en una estadística que comprende no menos de treinta casos de tabes, que no solamente fueron detenidos en su evolución, sino que retrocedieron en los más de sus síntomas.

Al mismo congreso médico de Tunja presentó el profesor Lleras, tomas.

en colaboración con el profesor Calixto Torres Umaña, la memoria titulada "Epidemia de enteritis de los niños, producida por el enterococo", la que a más de su valor clínico y bacteriológico, tuvo como hecho de aplicación, la producción en el laboratorio Lleras de vacunas inyectables e ingestivas, que son un arma poderosa en manos de los prácticos para el tratamiento de la temible afección infantil.

Atento siempre a todo adelante que en otros medios se lograra en los campos de la Bacteriología y de la Serología, se apresuró Lleras a seguir los métodos de Bredeska para la preparación de los anti-virus bacterianos. De esta suerte, en colaboración con el profesor José del Carmen Acosta, preparó y aplicó los anti-virus estreptocócicos, lo que le dio lugar a una nueva comunicación a la Academia de Medicina, que llamaron sus autores "Nuevas Orientaciones en el Tratamiento de la infección puerperal". Sin detenerme en los detalles de esta importante comunicación, básteme consignar el hecho de que este nuevo tratamiento por los filtrados de estreptococo, aplicado en la Maternidad de San Juan de Dios y en la población civil, ha hecho bajar la mortalidad de la septicemia puerperal de un 85% a un 35%.

Omito, por no alargarme demasiado, muchos otros trabajos de Lleras, todos ejecutados a conciencia, sobre temas de actualidad, y fecundos en aplicaciones prácticas, para hablar brevemente de la obra a que consagró sus últimos años y los mayores esfuerzos de su vida científica.

El problema abordado por Lleras fue, como todos lo sabemos, el de la lepra, y cuatro de los puntos esenciales que se propuso esclarecer: el cultivo del bacilo de Hansen; la inoculabilidad del mal a las especies animales; la fijación de una reacción serológica para diagnosticarlo, y la posibilidad de producir en animales inoculados un producto biológico como tratamiento causal de la enfermedad en la especie humana.

Sin el menor designio polémico, he de expresar mi convicción de que Lleras llenó el primero de sus propósitos, el cultivo del bacilo de Hansen, merced a dos ideas que le fueron propias y originales: la de acudir como fuente bacteriana, no al leproma, como se había intentado

hasta entonces, sino a la sangre del enfermo, como lo había hecho Lowenstein para el cultivo del bacilo de la tuberculosis, y el acudir, como medio llamado de Petragani, que tan completos resultados acaba de dar en el cultivo del mismo bacilo de Koch. Estos dos hechos de técnica son ya una innovación que es preciso apuntar al activo de nuestro malogrado compatriota. Y que los cultivos así obtenidos, vivaces y constantes, son de bacilo de Hansen, parece que en opinión de los expertos, es hecho que no se presta a dudas, en razón de los caracteres morfológicos como químicos tintoriales y biológicos de los cultivos en cuestión, que se han mantenido constantes en más de ochenta replantes sucesivos y aun cambiando de cultivo.

El segundo de los objetivos mencionados, o sea la posibilidad de inocular la lepra a algunas especies animales, igualmente lo realizó el profesor Lleras, y después de él, lo han realizado otros experimentadores nuestros, en el ratón blanco, en el macaco, en el conejo y en el curí. Las lesiones producidas en estas especies por la inoculación, por diferentes vías, de los cultivos obtenidos por Lleras, han sido comprobadas por una respetable comisión de anatomo-patologistas de nuestra Universidad, como representativos de los caracteres propios del nódulo leproso.

La reacción serológica para el diagnóstico de la lepra, o sea la Reacción Lleras, representa otra iniciativa propia del profesor Lleras Acosta. Antes de él, se había intentado sin resultado una reacción de desviación del complemento partiendo como antígeno de la lesión leprosa. Lleras partió de sus propios cultivos para ponerlos en presencia de la sangre del individuo en exploración, y así ha llegado a resultados que son posiblemente los que han suscitado mayor contradicción. No quiero en esta vez anticipar una conclusión que sólo está en manos de las grandes autoridades científicas formular, después de pruebas rigurosas. Solamente anoto que una estadística de siete mil casos y el concepto favorable de altas autoridades científicas europeas y americanas, son algo más que un principio de control, que la ciencia universal no puede desechar.

El cuarto y último propósito de Lleras Acosta, el poder llegar a obtener de los animales inoculados un suero preventivo y curativo de la lepra, habría sido la culminación de su obra y es lo que la muerte ha borrado por ahora de nuestras perspectivas. Queda, sin embargo, trazada la ruta por este zapador de la ciencia que fue Lleras Acosta, para que algún trabajador científico en día no lejano pueda pisar la tierra prometida...

Cuál es el veredicto que el porvenir ha de pronunciar sobre esta labor paciente y silenciosa de nuestro compatriota? No es aún el momento de decirlo. Quizá los acontecimientos recientes con su apariencia adversa y casi trágica, estén trabajando mejor de lo que imaginá-

ramos, por haber un halo de luz en esta hora sombría que nos ha sido deparada por la muerte. Mientras tanto, la Academia Nacional de Medicina, que fue la primera a quien Lleras reveló sus realizaciones y sus esperanzas, la que tuvo a bien llamarlo a presidirla y la que hoy se cubre de duelo por su muerte, ha consignado su omnimoda confianza en la obra del sabio con las siguientes proposiciones sobrias y previsoras, aprobadas en la sesión del 14 de diciembre de 1937:

Primera.—Las investigaciones del profesor Lleras Acosta son de un alto valor científico y deben continuarse para poder fijarles su valor definitivo en relación con la bacteriología de la lepra.

Segunda.—La reacción serológica de Lleras puede considerarse como la parte más importante de sus trabajos y ofrece perspectivas de extraordinario interés en su aplicación al diagnóstico y profilaxis de la lepra.

Tercera.—Los trabajos de investigación a que nos referimos representan un progreso indudable en el estudio de la lepra y merecen todo el apoyo que les han dispensado el gobierno nacional y la Academia de Medicina.

Cuarta.—Copia de estas conclusiones deben pasarse al gobierno nacional por conducto del señor ministro de educación.

No siempre el mérito — y especialmente el mérito científico— de un hombre, se puede valorar por las distinciones o por los honores que le son discernidos. No es raro, por desgracia, el caso en que las más auténticas ejecutorias de un trabajador de las ciencias o de las artes sean desconocidas por sus semejantes, y sólo un reconocimiento póstumo y baldío—aquel melancólico sol de los muertos, que dijo el poeta—venga a descorrer el pesado velo de indiferencia y desvío de sus contemporáneos. A Federico Lleras Acosta, con ser un hombre recogido, sereno y ajeno a toda vanidosa propaganda, no le fue, sin embargo, tan esquiva la estima de sus contemporáneos. Su obra silenciosa pero meritoria, se impuso a un medio profano y voluble, pero simpatizador con todo noble empeño, y le valió en vida no pocas distinciones próximas y lejanas, de aquellas a que son extrañas la intriga y la humillación. Entre otras, tuvo la de ser Profesor efectivo de Bacteriología y Profesor honorario de la Facultad de Medicina de Bogotá, Miembro de número de la Academia Nacional de Medicina. Fundador y Director del Laboratorio Municipal de Bogotá, Miembro del Consejo de Sanidad, Rector y profesor de la Escuela Nacional de Veterinaria. Director por varios años del Laboratorio "Santiago Samper". Director del Laboratorio de Investigación de la lepra, Doctor "honoris causa" de la Facultad Médica de Costa Rica, condecorado con la Cruz de Boyacá, Oficial de Instrucción Pública de la República Francesa y Caballero de la Legión de Honor.

Todas las investigaciones de Lleras en los campos de la Bacterio-

logía y de la Serología llevan el doble sello de la probidad mental y de la finalidad humanitaria. Era él un trabajador que, llevando como lema la búsqueda recta y tenaz de la verdad científica, veía en todo aquel esfuerzo un bien posible para la humanidad, una dolencia que combatir o una enfermedad por evitar.

No habré de terminar esta exposición sin destacar algunos de los rasgos más dignos de admiración en el carácter de Federico Lleras Acosta.

De él puede decirse que a más de las dotes de inteligencia y voluntad que fueron grandes y excepcionales, había como determinante de su personalidad, un corazón. Un corazón que se prodigó, ante todo, en los afectos de un hogar bello y completo, donde alentó sus desvelos y fatigas una compañera digna del luchador por la delicadeza y la elevación de su alma; hogar esmaltado por renuevos que prolongarán en el tiempo las virtudes y la obra del sabio y del apóstol, y enaltecido por las más puras creencias y prácticas de la doctrina de Cristo, que Lleras profesó hasta el fin, con sinceridad, con entereza y con orgullo. Su misma consagración incansable a los estudios biológicos no fue una irradiación del amor desmedido que alentaba en su alma por la ciencia y por la humanidad. Hubo en él siempre una sensibilidad amplia y generosa a los dictados de la amistad. Cuantos se acercaron a él, a su mansión siempre abierta y acogedora, a su laboratorio, que era un lugar obligado para quienquiera que necesitaba una enseñanza o intentaba emprender algún estudio, pueden decir de su liberalidad para prodigarse a sus amigos, a sus discípulos, a la juventud en general, con cuanto sabía y con cuanto poseía. Para Lleras, la ciencia y el conocimiento no eran un privilegio individual, sino una misión para con sus semejantes. Así lo comprendió y así lo practicó toda su vida, y son muchos los hombres de ciencia de Colombia que, al lado de Federico Lleras y bajo su dirección, hallaron su camino y recibieron el primer impulso que con el tiempo los ha llevado a las más destacadas posiciones.

La última etapa de la vida de Lleras Acosta fue una lucha heroica entre la fragilidad de su organismo y el imperativo de su voluntad. Todos lo veíamos cómo, ante un programa de acción que él se había trazado, el cuerpo iba fallando día por día, en tanto que el espíritu se mantenía enhiesto y vibrante sobre la obra emprendida. Drama este conmovedor y edificante que ha enaltecido la vida de muchos grandes hombres. Parece que Lleras Acosta hubiese asimilado del inmortal Pasteur, no sólo el espíritu indagador y la fe en la experimentación, sino también aquella energía sobrehumana para luchar contra la endeble condición de la envoltura humana. Siempre que veía a Lleras sostenido en su aparato ortopédico, despreciando el dolor que le asediaba e inclinado sobre el microscopio o sobre la mesa de trabajo, venía invisiblemente a mi memoria la energía de Pasteur, herido de hemiplejía en

la flor de la vida y llevando a cima lo mejor de su obra con sólo la mitad de su cerebro. O aquel anciano pintor prerrafaelista que atacado de extinción visual indetenible en las postrimerías de su vida, logró robar a la sombra definitiva los últimos momentos de visión para trazar la obra culminante de su pincel invicto. Estos milagros de voluntad no los realiza sino quien lleva en su interior la savia del apóstol o el numen de los elegidos.

Y llegó, sin remisión, el final de este drama unipersonal y lacerante, en escenario tocado de grandeza. La prueba decisiva iba a librarse allá lejos, a orillas del Nilo, cabe esas pirámides milenarias que han visto desenvolverse a su sombra tantas grandezas y decadencias humanas. Una lucha sin tregua se había librado durante veinte años, en un país remoto, entre el viejo enemigo de la especie, la sombría dolencia de Lázaro, y un espíritu empecinado en sorprenderlo y sojuzgarlo en sus últimos reductos. Y cuando tal vez la ciencia esperaba oír la nueva trascendente, he aquí que el portador de ella, como el mensajero de Maratón, cae sin vida en las playas del viejo mar latino, exhalando apenas con su voz desfallecida la palabra final, que debemos recoger como una consigna indeclinable: ADELANTE;

